

NUESTRO DON RICARDO

Por MIGUEL DOLÇ

POR la tarde del 7 de julio del pasado verano había bajado al jardín de mi hogar oscense para gozar un rato de agradable temperatura—ya se me perdonarán los pormenores personales y anecdóticos en estas íntimas líneas de homenaje—, cuando llegó rápidamente a mis oídos la escalofriante noticia: don Ricardo del Arco acababa de ser víctima de un vulgar accidente de circulación. Irrumpió en seguida en mi mente la imagen de otra gran figura, una de las cúspides de la arquitectura moderna, Antonio Gaudí, igualmente sacrificado bajo el ciego ímpetu de un vehículo, en Barcelona: esta muerte violenta dejó en mi niñez una imborrable huella. El parangón era, desde luego, meramente fortuito; bajo el mismo signo de la fatalidad se habían asociado en la mente dos nombres distantes y extraños el uno al otro, sólo emparentados por vínculos de orden artístico y por la ley del destino.

A las pocas horas don Ricardo dejaba de existir. No pude menos de sentir a mi alrededor un enorme vacío. Se cerraba con aquella desaparición una fértil etapa en la historiografía aragonesa. Nosotros, los que tratábamos a diario a don Ricardo, nos veíamos abruptamente privados de un amigo leal y de un imprescindible asesor. Durante doce años mi trato con él había sido constante, vivo y próximo. En los caminos más aparentemente dispares—cultura, arte, historia, humanismo, música, industria—, nos encontrábamos a menudo todos, quién más quién menos, con su elevado y extenso magisterio, con su inteligencia y su consejo. Ya a raíz de mis primeras oposiciones a cátedras de Instituto, me habían asegurado en Madrid que hallaría en Huesca un mentor, un colaborador y un compañero de relieve en la persona de don Ricardo,

Su nombre ya me era familiar desde los días amargos de la guerra civil, cuando leía en mis continuas andanzas por tierras navarras y aragonesas sus artículos publicados en la prensa de Zaragoza. La profecía no podía dejar de tener feliz cumplimiento. Durante doce años no hubo solución de continuidad en nuestros intercambios de orden material y espiritual: libros, artículos, dudas, impresiones y polémicas.

Me asombraba particularmente su extraordinaria capacidad de trabajo y, dentro de este ámbito, su apasionada entrega a la grandeza de las pequeñas aficiones. Sólo en raras ocasiones—como yo comentaba en otra circunstancia—puede dar fruto cierto el intento de abarcar, en visión de conjunto, el estudio de un extenso período cultural, de una nación, del universo. Cuanto más lejos se extiende la mirada, menos preciso es el horizonte, menos exactos los puntos de referencia. La implacable especialización, tónica de nuestro tiempo, impone al espíritu más sagaz y a la inteligencia mejor organizada límites fijos o estrechos en sus ambiciones. Sólo de la contribución de todos puede surgir la arquitectura de una teoría científica, de una historia nacional, de un esquema literario.

De donde, precisamente, la grandeza de estas pequeñas aficiones al fenómeno regional o el nacimiento de los institutos de estudios locales tan favorecidos por la política cultural de nuestros días. No me refiero, claro es, al ejemplar, tan típico entre nosotros, del «sabio local», improvisado y sucinto, que poco a poco se extingue sin dejar rastro positivo de su paso y sin franquear el breve coto de una admiración pueblerina; sus conceptos, con todo, aun los más fantásticos, merecen casi siempre respeto y atención. Aludo aquí al investigador, académicamente bien formado, que consagra su saber a la convivencia estricta con un retazo especial del alma histórica de una nación o de la humanidad: con la región, con la comarca, como partes integrantes de una superior unidad orgánica.

La especialización ha abonado la florescencia de estos investigadores sin los cuales menguado sería el poder de la ciencia. Don Ricardo del Arco era, creo yo, el prototipo más limpio y más brillante de dichos investigadores; su nombre será siempre retenido como un símbolo. Este granadino singular—precisamente en Granada le he recordado con emoción unos días atrás, al pasar por Fuente Vaqueros, donde nació hace cincuenta y ocho años Federico García Lorca—, afincado desde su mocedad en Huesca, ha dedicado más de cuatro fecundos decenios, mediante libros, artículos de revista y periódico, lecciones, conferencias

y charlas radiofónicas, a la interpretación histórica, cultural, literaria y artística de una de las zonas peninsulares menos conocidas y acaso más inasequibles, la zona aragonesa. Dos circunstancias dieron últimamente nuevo brillo a su luminosa estela de escritor: la obtención del único premio concedido por el Ministerio de Educación Nacional en el concurso convocado con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, por su obra *La sociedad española en las obras de Cervantes*, y la publicación de *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztaaroz*. Nótese que, al señalar dichas obras, rebasamos propiamente los límites regionales a que antes aludíamos y nos movemos en todas las dimensiones de un ciclo cultural o histórico.

He aquí, precisamente, el resultado más fértil del autor de serios estudios parciales, encaminado a la reconstrucción de todo un pasado. La monografía es, más que un fin, un medio; el episodio puede distraer, pero no dejar satisfecho. Al mismo Ricardo del Arco adeudamos otras cuatro obras de carácter general: *Fernando el Católico, artífice de la España imperial*, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, *La idea de Imperio en la política y la literatura española*, las tres galardonadas en concursos nacionales, y *Grandeza y destino de España*. Su semblanza, verdaderamente compleja, se resiste al análisis elemental: no es ésta, por otro lado, nuestra intención en estos momentos. Subrayemos sólo que *La erudición española* es una de las contribuciones más documentadas al estudio de la erudición en la España del Seiscientos, precursora de nuestro siglo xviii, en que nacen las Academias. El momento histórico es impresionante: desde su retiro de Zaragoza el doctor Juan Francisco Andrés de Uztaaroz, erudito y creador, polariza las más sanas inquietudes de los sabios de la época: Lastanosa, Nicolás Antonio, Rodrigo Caro, González Dávila, Pellicer, Tamayo de Vargas, Gómez Bravo. Mencionamos estos nombres porque ellos, con el de Gracián, crean el clima en que se sentía más a gusto don Ricardo.

Hasta en sus obras de carácter general, como se ve, concentraba Ricardo del Arco sus investigaciones bajo el denominador común del aragonesismo. El punto de apoyo era firme y compacto. De aquí el indudable vigor y reciedumbre de su labor, mantenida a un ritmo sorprendente en la misma cúspide de su existencia que hacía presagiar una ancianidad poderosa. Los que gozábamos de su conversación diaria en el Instituto o en el Museo, no llegamos a explicarnos la fertilidad de sus horas transcurridas en bibliotecas, archivos y viajes. No habrá aspecto de Aragón, en especial del alto Aragón, en el que no haya sumergido las

antenas de su inquisición y de su sensibilidad: castillos, monasterios, monumentos, geografía, historia, arte, literatura, prensa, personajes, costumbres, recuerdos, folklore, etnografía.

El fenómeno de una entrega total de este género es patrimonio de unos pocos. Y es que Ricardo del Arco, trasplantado a una región que era suya sólo por adopción y con la que supo identificarse, no buscaba en el pasado un alivio a las pesadumbres del presente, sino la añoranza, en todos los asuntos, del porvenir. Los tres tiempos forman realmente en su obra una entidad: Aragón. Ciertas rectificaciones de carácter histórico, como la rehabilitación de Fernando el Católico, hoy tan en boga, traen de él su origen. Aquí reside el alcance, a veces de irradiación ecuménica, de la afición a las pequeñas motivaciones regionales.

Al agruparnos, hace unos años, un conjunto de amigos, sólo impulsados por afanes de índole cultural, en torno de Virgilio Valenzuela, para fundar un Instituto de Estudios Oscenses, tuvimos que ver en don Ricardo del Arco la pieza fundamental del naciente edificio. El fue durante este tiempo, no siempre fácil, nuestro guía y moderador en la doble empresa de la cátedra «Lastanosa» y de la revista ARGENSOLA. Basta hojear los índices de los seis volúmenes de la revista, hasta hoy aparecidos, para comprender el alcance y las dimensiones de su valiosa y múltiple colaboración. Al entrar ARGENSOLA en el séptimo año de su existencia tenía que dedicarle un recuerdo de cariño y gratitud. Quizá no constituya este número, por insuperables dificultades, el merecido y digno homenaje que soñábamos para el maestro. Pero nuestra sangre palpita y nuestro pensamiento quiere sobrevivir en cada una de sus páginas.

Universidad de Sevilla